

Conclusiones

LA CRISIS

Lo bueno de escribir sobre la corrupción es que de alguna manera se parece al amor, es una vivencia tan común que todos tenemos una historia que contar. El problema de escribir sobre la corrupción pareciera reducirse a sistematizar las experiencias comunes y de vez en cuando explicar las razones subyacentes del fenómeno. Sin embargo, es una plaga universal y omnipresente, es decir, no es exclusiva del poder público, sino que abarca a todos los sectores de la vida pública; no es un flagelo intermitente y temporal, sino que es cotidiano y sin reposo. Si hay algo que está repartido democráticamente en el país es la práctica de la corrupción.

El mayor desafío, no del gobierno ni de la iniciativa privada, sino de todos los mexicanos, es insuflar, introyectar (horrible palabrita), en suma, meter en la mentalidad de todos nosotros los principios y valores contra la corrupción. Nuestro anhelo es que el más humilde ciudadano o el burócrata del municipio más pobre y rascuache, encuentre aquí algún antídoto para avanzar en la solución de la esencia de lo corrupto.

En virtud de que es una realidad que la gente no se pone a leer los grandes tratados, bueno ni siquiera los pequeños, es obligado recurrir a métodos esquemáticos, precisos y concisos, pegajosos a la memoria. Caeremos en el pecado de la simplificación después de reconocer la riqueza de la complejidad del tema, lo haremos como una simple guía que nos remite a todo lo que hemos analizado.

En mis estudios sobre la comunicación política,¹²⁰ he encontrado dos grandes comunicadores. El genio de la propaganda, el alemán Joseph Goebbels, y un gran pedagogo, el Padre Ripalda, autor del catecismo más famoso de la literatura. Obviamente, por razones del fenómeno, utilizaremos el método del jesuita.

No se espante el desconfiado lector, no se trata de aportar soluciones moralizantes ni menos códigos de doctrina, simplemente utilizaremos la fórmula que nos propone Ripalda para evitar los pecados capitales, después de todo

¹²⁰ Véase mi libro *Teoría y práctica de la propaganda*. Grijalbo. México, 1981.

la corrupción es un pecado contra el Estado. Ripalda escribía algo así como: contra la lujuria, constancia, -perdón, error de imprenta- castidad; contra la pereza, diligencia; contra la soberbia, humildad, etcétera. En nuestro caso, haremos un ejercicio semejante con cada especificación de la corrupción y el antídoto que proponemos. No le hagamos tanto de emoción y entremos al asunto.

Contra una estructura capitalista que requiere de un modo de producción en expansión y una sociedad consumista, que impulsa el egoísmo, la avidez y la corrupción, un nuevo sistema económico y social, solidario, humanista y austero.

Contra una historia del país pletórica de actos de corrupción en todas sus etapas, a tal punto que se formó una tradición de admiración a la pillería y desprecio a la honradez, una cultura de la legalidad y de ética, y el reconocimiento al desempeño honrado del trabajo.

Contra procedimientos burocráticos complejos y tardados que desesperan al usuario y lo inducen a sobornar al funcionario, la transparencia, sencillez y la simplificación de los trámites.

Contra el roce entre el funcionario y el ciudadano que genera la conversación y el acuerdo corrupto, el impulso de peticiones de ciudadanos y respuestas de la autoridad, sin que se requiera el encuentro personal.

Contra la tradición de resignación de los ciudadanos ante la corrupción, una nueva cultura de denuncia de los usuarios y una nueva actitud de las autoridades, misma que se refleje en el otorgamiento de todo tipo de facilidades y orientación para recibir y dar seguimiento a las quejas.

Contra la falta de información que es aprovechada por el burócrata para resolver los asuntos a su manera, un derecho al acceso a la información que permita al ciudadano estar informado del diagnóstico, programas y solución de sus problemas.

Contra el abismo entre países ricos y países pobres, que genera todo tipo de piratería, la globalización de la justicia y la reducción de las diferencias tecnológicas.

Contra la pobreza, el analfabetismo y la marginación que están en relación directa con el abuso de la autoridad, la distribución de la riqueza y la ampliación de las posibilidades de desarrollo humano de la población menos favorecida.

Contra el agotamiento de los recursos naturales y la presión de los pobres para seguir explotándola, que tiene el contubernio de las autoridades, nuevas salidas económicas para los necesitados que les permitan otras fuentes de empleo.

Contra el monopolio de las decisiones públicas, contra el abuso de facultad de discrecionalidad y la falta de rendición de cuentas de los funcionarios, factores que propician la corrupción, decisiones compartidas de las autoridades, control colegiado de los resultados y una auténtica división de poderes.

Contra la impunidad que estimula al corrupto inveterado, alienta al aficionado y frustra la denuncia ciudadana, un sistema de justicia sencillo, eficiente y expedito.

Contra los elevados costos de las campañas que obliga a partidos y candidatos a recurrir a oscuros patrocinadores que después se cobran los favores, la reducción de los tiempos de campaña y de los presupuestos de propaganda.

Contra una corrupción sistemática e integral, que abarca causas históricas, culturales, jurídicas, económicas, salariales, administrativas y judiciales, remedios que incluyan reformas políticas estructurales en todos los aspectos de nuestra convivencia pública.

Contra la corrupción de la vida política, de la iniciativa privada, de la administración, los partidos, la voluntad política y el ejemplo de los líderes, representantes populares, empresarios y funcionarios.

Contra los remedios de la corrupción que provocan papeleo, parálisis, gastos y daños más que beneficios, una política flexible que equilibre la ley, el control, la honestidad, la libertad y la creatividad de cada burócrata y empleado.

Contra la corrupción, la investigación integral, teórica y práctica, por medio de equipos interdisciplinarios, la participación de los responsables y los usuarios, la coordinación de las instituciones y el apoyo político, fundamental para la solución a fondo de la deshonestidad.

Contra la corrupción por falta de control en los procesos, un sistema de rendición de cuentas vertical y horizontal, en el que nadie escape de ser evaluado y, como consecuencia, de ser premiado o sancionado. Con la clara conciencia de que esta rendición de cuentas también puede ser ante organismos internacionales.

Contra la corrupción por la falta de castigo, un sistema de sanciones jurídicas, morales y sociales, cuyas penas tengan una función disuasiva y ejemplarizante.

Contra la corrupción de funcionarios que brincan de institución a institución, un sistema de registro de delincuentes o en proceso de inhabilitación que permita cruzar información entre todas las dependencias y Estados de la República.

Contra los delitos de corrupción producto del narcotráfico, el impulso de una legislación que garantice un mayor resguardo de la figura jurídica de los testigos protegidos.

Contra la corrupción internacional, la armonización de nuestros ordenamientos jurídicos con las convenciones internacionales, así como el acatamiento a las sugerencias de los organismos regionales internacionales y las propuestas de los especialistas.

Contra la limitación e impotencia de las autoridades en la persecución de los corruptos, el estímulo a la participación ciudadana en la previsión, vigilancia y castigo de los responsables.

Contra la corrupción, la difusión de valores éticos y su vivencia cotidiana; el convencimiento íntimo de los efectos nefastos de la corrupción en las leyes, la economía, la justicia, los derechos humanos, los negocios y la estabilidad política.

Contra la corrupción, una nueva educación cívica y la capacitación, en todos los lugares, en todos los niveles y todo el tiempo.

Todos estos antidotos contra la corrupción se encierran en dos: un gobierno legítimo y ético, que cuenta con ciudadanos íntegros, vigilantes y participativos.

Esta primera conclusión exige una explicación. El Estado en todas partes del mundo se ha achicado, luce frágil, inmerso entre el fortachón poder financiero, el veleidoso poder mediático y la despiadada globalización. Por si fuera poco, la individualización y el egoísmo de la sociedad, disminuyen aún más su fuerza. Solamente un Estado de Derecho, eficaz, con autoridad moral, reconocido y respetado por la mayoría de los ciudadanos, a los que puede movilizar, es capaz de controlar a los otros poderes, articularlos, cohesionarlos y lograr que se impongan los intereses colectivos.

Unas últimas reflexiones. La corrupción en México está en crisis, de acuerdo a la definición de la palabra: “cambio considerable para mejorar o para empeorar en el curso de una enfermedad”. Detengámonos en el concepto, pues habitualmente referirse a que algo está en crisis, es asociarlo con una circunstancia que se desliza fatalmente a su muerte. En las crisis aparentemente sólo hay posibilidad de empeorar. No es así, la esencia de la crisis se refiere a que las cosas no seguirán igual y el cambio no será superficial sino profundo. Es un momento de forcejeo donde el resultado será radical, el hundimiento o la resurrección. En la crisis la moneda está en el aire.

En el caso de la corrupción creo que el detonador de su crisis ha sido la exhibición de los videos. Ha sido tan grosero y vulgar todo lo que se ha visto, que la sociedad ha pasado del estupor, a la impotencia y a la indignación. El estercolero en el que nos hemos sentido inmersos lleva a una decisión colectiva y nacional, esto no puede seguir así. Si como resultado de la crisis mejoramos, será porque inscribimos nuestro combate contra la corrupción en un marco amplio, de justicia, democracia y solidaridad. Con una dignificación de la burocracia en un auténtico servicio público. Será porque pueblo y gobierno hayan tomado conciencia de que la corrupción sistemática hace inviable a cualquier país; las extensas implicaciones en la vida interior y exterior de México presionarán aún más para abatirla; las aportaciones legislativas de la administración foxista ampliará las facultades del propio gobierno y abrirá más canales para la denuncia ciudadana; la clase política empezará a resentir las nuevas reglas del juego:

desde tener que conducirse con verdad en la declaración patrimonial hasta cuidar los pormenores de los cargos públicos.

Si nos mantenemos en esta línea cada día serán más las exigencias para conservar el poder o para alcanzarlo, se hará indispensable contar con el patrimonio de la honestidad; se percibirá una nueva opinión pública, que ya no glorifica a los corruptos sino que los denuncia y reprueba. El enfermo superará la crisis y la corrupción dejará de ser, en lo que ya se había convertido, la enfermedad terminal del sistema político.

La otra cara de la crisis es empeorar. Aparentemente se mantiene la lucha contra la corrupción, pero la globalización y el credo liberal nos convencen que se puede mantener a raya pero sin tocar el egoísmo, el individualismo, el afán de lucro desmedido, la profunda desigualdad de ingresos; sin que exista necesidad de avanzar en el perfeccionamiento de nuestra democracia ni en la justicia ni en defensa de la ecología. La lucha contra la corrupción forma parte de la ideología y la retórica; un bálsamo que nos distrae de los asuntos fundamentales y nos conduce con la conciencia tranquila hacia la barbarie.

Otra forma de empeorar es que abiertamente, sin pudor alguno, a la nueva estructura jurídica le encontremos rendijas para dejarla vacía y estéril; que las circunstancias económicas del país empeoren y que la clase política, ante lo descarnado de la competencia, sólo encuentre consenso en la complicidad y en el uso faccioso de la ley; que los jueces consideren que sólo pueden mantener el criterio jurídico si reciben dinero o línea de algunas de las partes; que los corruptos simplemente depuren sus mañas, después de todo, delito que no tiene video no existe; la ciudadanía al percibir la generalidad de la corrupción, lo indiscriminado de su práctica y la hipocresía de su persecución, bajará la guardia y se entregará al espejismo inmediato de compartir las ganancias. De una cosa sí estamos seguros, de la esplendidez del poder público cuando lo que se salpica es el patrimonio de la nación. En este escenario se haría efectiva la vieja profecía de un ex presidente: convertirnos en un país de cínicos. Esto es realmente, y permítaseme usar un giro coloquial, "lo más peor" que nos puede pasar.

El cinismo es el más bajo estadio de la actitud moral. El cínico ha pasado de la desconfianza a los valores, al escepticismo; de la pérdida de la brújula ética, a la aniquilación de la vergüenza. Todo se suma para finalmente rematar

en el descaro. El cínico racionaliza sus faltas al grado de gozarlas y presumirlas. Si no recibe apoyo de los demás el cínico se aplaude a sí mismo. Su mejor defensa: todos somos así, desde las élites hasta el más humilde ciudadano; tratar de cambiar las cosas y luchar contra lo irremediable es ser ingenuo. Nada es para tanto. El cinismo es la palabra de presentación en sociedad del vale madrismo. Como esto es demasiado duro, el cínico siempre se disfraza de sinceridad y pragmatismo.

Sin duda que el virus más peligroso contra la honestidad es el cinismo. Para el inmoral existe el mal y el bien, pero prefiere el mal; para el amoral no existe el mal ni el bien, todo le da igual mientras triunfe; para el cínico existen el bien y el mal, pero lo importante es liberarse de la preocupación de distinguirlos. El inmoral está expuesto a que en algún momento lo acose la conciencia de culpa; el amoral no tarda en ser descubierto, pues lo delata su falta de escrúpulos. El gran problema es el cínico, para quien nada de eso es importante o simplemente intercambiable. Como lo resumía Groucho Marx: “¿No le gustan estos principios? No hay cuidado, tengo otros”. Diluida la potencialidad y la dicotomía entre el bien y el mal, el cinismo pavimenta el camino a los inmorales y a los amoraes.

El cínico aparentemente no enfrenta las cosas, incluso en ocasiones ni siquiera argumenta. Utiliza la estrategia del estorbo, parece que no detiene pero ante él las cosas se paralizan. No destruye las relaciones sociales a martillazos; como la humedad, se filtra y termina desmoronándolo todo. La suavidad de su acción y su aspecto inofensivo, evitan el drama y el escándalo que provocaría el derrumbe inmediato.

El cinismo es el gran alcahuete de la corrupción. En esta época que, como diría otro Marx, Carlos, “se distingue por tener convicciones sin pasión y pasiones sin convicción”, la ostentación y el ánimo resuelto del cínico producen simpatías. La honestidad promete satisfacciones después del cumplimiento del deber, el cínico ofrece ganancias inmediatas y diversión instantánea. A la buena voluntad del comportamiento ético, el cinismo opone el desencanto, la perfidia de la banalidad; el espíritu irónico y zumbón. Su capacidad de seducción es indiscutible.

El cinismo representa así el gran disolvente en la lucha a favor de la honradez. El enemigo, la corrupción, es un delito grave porque el daño que pro-

voca no se limita a unos cuantos particulares, sino que el perjuicio afecta a todos, a la sociedad y a la legitimidad del gobierno. Si el potencial corrupto pretende reflexionar sobre esto, en ese momento aparece el cínico y opone a los valores abstractos del pueblo, bien público o interés nacional, el apego individualista, concreto y gozoso de la ganancia personal. Enfrenta su fatalismo sin culpa, de que tarde o temprano todos terminaremos pecando.

Si el Estado amenaza con el castigo no sólo jurídico y económico, sino también moral, ahí está el cínico para convencer que el honor, la decencia y la dignidad son cuestiones, además de antediluvianas, sin importancia. Falsos ardidés para que otros lucren con las ventajas. Un gran practicante, Oscar Wilde, afirmaba que un cínico es el que conoce el precio de todo y el valor de nada.

Pero hay algo aún más grave, el cínico es un permanente provocador del poder. Su liviandad y desvergüenza son un aguijonazo al espíritu radical, solemne e intransigente del gobierno. Esta es quizás la forma más sutil de su estrategia. Su atrevimiento saca de quicio a la autoridad que se lanza a la solución autoritaria y fascista en un vano empeño de no ser burlada ante los ojos de la sociedad. El gobierno cava su propia tumba, pronto la rigidez termina por provocar más convulsiones para el desarrollo de los asuntos públicos que la deshonestidad. Como buen luchador de judo, el cínico utiliza la fuerza del enemigo y la regresa contra su adversario.

Esto nos lleva a una conclusión. Esta gran ofensiva contra la corrupción es conveniente para todos, vital para el país, y un compromiso de moral pública y de moral personal; pero es, sobre todas estas cosas, un desafío a la inteligencia y a la lucidez del gobierno y la sociedad. La corrupción es un delito de ambición, pero también de cálculo y de matiz, oponerse a ella, precisa de armas devastadoras, pero también del tiro de precisión; de brocha gorda y pinceles finos. Prometer acabarla con una campaña, con medidas supuestamente radicales y, por supuesto con la promesa de resultados milagrosos e inmediatos, es hacerle el juego al cinismo.

Lo ideal o lo vendible es terminar un libro con una arenga optimista, que el lector sienta que ya encontró la fórmula, el talismán, la pócima mágica para sus preocupaciones. El problema es que la enfermedad de la corrupción es rápida y contagiosa, mientras el antídoto es lento y a profundidad. Las causas son tan complejas que comprenden cambios en prácticamente todas las áreas

de la economía, la vida pública, la cultura y la educación. Las acciones deben ser compartidas entre el poder y los ciudadanos; las actitudes son el ejemplo, la integridad, la prevención, la paciencia y la perseverancia. Cuestiones y virtudes que son densas, poco espectaculares, no tienen el aire de la hazaña o de la heroicidad, por lo que en ellas poco incursiona la literatura y la mercadotecnia las aborrece. Pero no hay de otra, no podemos renunciar a la ciudadanía y bajar la guardia contra la corrupción. Bueno, sí hay de otra, dejarnos llevar por los cínicos, apresurarnos a ocupar nuestro lugar en la repartición del botín y así abandonarnos hasta que México se hunda. Al final me vence el optimismo, estoy seguro que no lo permitiremos.